

# Valle Ramoza

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

Valle Ramoza (por Daniel Bernardo Grimberg)

En las ramblas suavemente amuralladas, y por un sendero que consideró parte del presente y atinado ciclo, Laura Ecola observó cómo se conformaba el mundo de acuerdo a las sonrisas de la gente, y como poco a poco por efecto de una despistada mansedumbre, Úrsulo Pesperín se fue arrinconado en un lugar de otra dimensión, lejos de los ceremoniosos centros comerciales de la gran ciudad. Por eso la complejidad y duración de su recorrido pasaban desapercibidas.

Antes Mateo Pedroza y tres mujeres se habían distribuido por arriba de las aguas, en campos de incomprensibles diámetros, amparados en cielos amainados y de extensión unánime. Se habían encarnizado con minuciosidad en ver a la incómoda figura de Pesperín, arguyendo que los lazos y crecidas complacencias hacía éste eran excelentes. Le habían llevado un contemporáneo proyecto para recuperar el significativo sitio de Valle Ramoza, tan cercano a la ciudad.

## I

Las palabras no traían cargas inhóspitas, y Mateo Pedraza examinó lo que fue redactado en probado español, efectuando repeticiones que se sublimizaron al abarcar la mayor parte de ese horizonte acústico; ese hombre deseo extinguir completamente al silencio en esos momentos de grata perplejidad: estaba en el centro de sus derechos, y en los excesivos detalles de su futuro. De ninguna forma brindaría testimonios apócrifos, sino que interactuará con el vendedor como si la muerte fuera una de las partes de esa operación comercial. Porque consumará aquello que hasta entonces era inaprensible o una idea muy sutil.

Estaban en Valle Ramoza, en donde no había mares ni encontraban arenas, pero sí ráfagas de viento que se arremolinaban como aullidos de lobos; los cuatro se ubicaban dentro del tiempo signado por la brevedad,

que no soporta la longitud demasiado extensa de determinadas obras. Ante las mujeres, Pedraza exageró su empresa y le asignó un espléndido altruismo. Adujo que cuando una creencia es incondicional, nada corre el riesgo de convertirse en fábula... aunque su vitorear no terminó con alguna imperial distinción, y sus actividades se referirían casi exclusivamente a fragmentar al campo y hacer cuidadas administraciones. Esos trabajos eran lo único que permitiría que sus caprichos fueran gobernables.

Más allá de su murmurar emocionado, debía hablar con Úrsulo Pesperín con la disposición a abolir al silencio que sin dudas siempre tiende a prevalecer como un predestinado final, entendiendo que la trascendente evolución del negocio equivaldrá a la completa transformación de esos campos vírgenes. Le contaría sin regateos los beneficios que éste habría de obtener, al forjar un indisputable patrón de ganancias. Sus argumentos eran muy razonables, y no ajustes en la voz de alguien desazonado. Mateo Pedraza frente a las tres mujeres hizo una inteligente exhortación a aclamar al mundo en ese instante, antes de abordar los aspectos netamente jurídicos. Les aseguró que la vergüenza particular o el espanto de Pesperín, eran bueyes mansos que de lejos aparentaban brutalidad. Ese hombre se manejará de acuerdo a sus sugerencias.

La abogada Laura Ecola observó a Mateo Pedraza antes que comenzara su anhelado encuentro con Úrsulo Pesperín; lo vio algo abatido y con la sonrisa comprimiendo al corto espacio de su mandíbula; ella le había dado acceso a las reflexiones de Pesperín para que explore su posición. Notó sus rasgos diferentes: su suave piel color marrón, la nariz puntiaguda, y los ojos que escudriñaban precavidos. La presencia inmediata del dueño de ese lugar, pronto saltará a la vista.

Ecola no sabía si Mateo consagraría al Valle Ramoza al bien o al mal (o a un tercer vértice desconocido); si se dedicará a fundar una ciudad o sólo adquirirá un legítimo derecho. Pero esas cuestiones no atravesaban sus pensamientos, únicamente estaba atenta a la presencia radical de la persona esperada, que no sería otra ilusión perniciosa. Laura Ecola participó de aquello al entender que la dinamita ya había sido quitada de sus corrugados cartones...aunque la incomparecencia de Úrsulo Pesperin hacía todo cuestionable. ¿Vendrá clamando por la liberación del hombre o dirá todo lo contrario?

Ella, junto a Zulema Salas, leyó el empadronamiento de esos campos en las numeradas y flexibles hojas que exhibió. Ese texto tenía vida propia, y no admitía algunas de las múltiples formas de error o fracaso (aunque todavía era necesario establecer con justeza unos pocos datos para que nada mercenario o espurio pudiera ser invocado por Pesperín). Aquello era una decisión justa e insobornable que renovaría las perspectivas del hombre. Laura se encomendó, como la representante legal que era, a

anotar aquella conclusión en un pálido instrumento jurídico. Toda esa tensión se traducirá en un previsible documento que inyectará dinamismo al mundo.

Ella demoró algunos minutos al hacer una revisión de los últimos registros de la inmensa propiedad, en la que estaba observando sus aguas abundantes y grandes plantaciones silvestres. Mateo Pedraza abogaba por los típicos ideales del saber y dominio absoluto, y no aceptaría desesperados enjuiciamientos a su ambición. Ecola tampoco quería que esa transacción atrajera dolor e infamia, pero se agotaría sí terminara en un fracaso deshonoroso. Pesperín no requería ser llamado, su presencia estaba determinada por la ecuación económica. La mujer sabía que, acudiendo al fuego, Mateo Pedraza había mandado a limpiar algunos de esos espacios, pero por fortuna las llamas sólo consumieron pocas primicias del Reservorio natural, y fueron apagadas antes que la noche animara a esas luces asesinas a seguir avanzando. Esas horribles llamas sólo persistieron en las conciencias de algunos hombres, y el aislamiento volvió a dar señorial autenticidad a Valle Ramoza. Mateo Pedraza le había dicho que ese negocio debía cumplirse, con la misma seguridad con que ocurre el crepúsculo, cuando envuelve la tierra con inexorables melancolías. Ese era el sentimiento propio de un hacedor que primero crea las definiciones.

Antes que Mateo Pedraza ordenara a Alejandra Vizconde añadir otras mediciones del terreno, Zulema (su empleada) asintió con tristeza la inminente posibilidad que se sucediera esa reunión con Úrsulo en la entrada de la Reserva Natural, en donde había una garita, y agrestes mesas y asientos de maderas. Ella rechazó ese horizonte teórico de cambio. Mateo Pedraza la miró sombrío y se nominó como un sujeto que nada tenía que ver con los avispados de la ciudad, manifestando que no había nada que temer, ya que la persona que estaba por venir, tendrá una buena disposición absoluta. Ni siquiera había que pensar que, por la calidad de escrutinador de Pesperín, podrían ser víctima de una ironía. La mujer sonrió en el medio de su desorientación, e hizo un vaivén indiferente con su cabeza. Se dijo por lo bajo que los que creían dirigirse a lo real, muchas veces se engañaban. Pedraza había reducido a la otra persona a ser parte de un lugar (el Valle Ramoza), en el que el tiempo se manifestaba a través de su retracción.

Pasados algunas horas aumentó el número de interrogantes, ya que, aunque observaron detenidamente los desfiladeros, no vieron llegar a Úrsulo Pesperín. No veían por ninguna parte al vendedor que debería ubicarse en primera fila de ese escenario natural. Evitando presumir haber sabido de antemano esa negatividad, las tres mujeres aplacaron las inquietudes del que quería financiar un gran proyecto, en el que por ahora Pesperín era la referencia más importante. ¿Pero se podría exigir a éste una disciplina, una presencia provista de un específico porqué o fundamento último? ¿Se comprenderá alguna vez sus enmarañadas

facetas, una más mentirosa que la otra? Ese hombre era incomprensible como podría serlo un tratado de física nuclear.

Con temor que esa espera se convirtiera en un embaucamiento, Mateo Pedraza se permitió el desencanto, y sintió algo raro en su cuerpo, como si hubiera hecho un movimiento estrepitoso. Temió tener la condición de quien en un juego de póker presenta sus cartas, frente a quién con suma suspicacia sonreía. Él tomó nota de ese malestar como la falsa e incomprensible insatisfacción que a veces proviene de los sentidos. Y obtuvo ésta convicción fundamental: a lo que ocurriera, lo debía valorar en forma diferente a partir de ese momento.

Seguidamente habló con Laura Ecola de las inobjetable obras de ingeniería que hará, y de los onerosos honorarios de la mujer. Mencionar otra cosa sería una banalidad o una intencional ficción. Más confidencialmente le dijo que había vencido grandes montañas, y se disponía a subsistir muchos años en la tierra, más allá de la presencia cruel (pero ocasional) de la muerte. Ésta nunca se había ubicado en pasajes cruciales de su vida; y aún no pasaba de ser un signo lejano que conservaba pacíficos caracteres.

Indispuesto a seguir aceptando las flagrantes extravagancias de Úrsulo Pesperín, Pedraza extendió amplios documentos (cuyas cláusulas eran muy articuladas), y terminó concurriendo con lo que dijo la agente inmobiliaria Alejandra Vizconde: "Pesperín llegará, pero con un humor feroz". Es decir, su actividad tendría coherencia a partir del enojo que tal vez lo impelería con su rol normativo. Mateo Pedraza repitió esa idea, mientras rememoró otras jornadas dramáticas de su vida de negocios, y aseguró que ese pasmoso proyecto se hará realidad si las cosas ocurrieran de acuerdo a sus principios e ideales. Ursulo Pesperín era un reto fascinante, y debía estar atento a sus vericuetos, e ignorar sus probabilidades provocativas y fragmentarias. Lo había imaginado enorme, con una potente voz proclive a la proliferación de órdenes que fieramente marcarían un rumbo.

Mateo Pedraza recompuso su desfalleciente ánimo, debía empeñarse en el encuentro con ese sujeto a cuyos derechos respetará. Su propuesta traía implicancias éticas, y un monto generoso. Y, "cuando una cantidad de hechos converge en la misma línea, es porque hay un destino que traspasa las voluntades aisladas y resplandece al alinear la oscuridad", había dicho como una devota invocación que le salió bien de adentro, antes que el cielo se llenara con esa cenicienta coloración que se forma en las primeras etapas de la noche. ¿Era posible que la tardanza de Pesperín se debiera a oscilaciones que éste solía hacer entre ironías grandilocuentes y feroces burlas?

Al margen de las esperanzadas opiniones de Alejandra Vizconde, nada se supo de Úrsulo Pesperín; una de las mujeres (Laura o Zulema) sostuvo

que éste no habría podido salir de la ciudad ya que sus calles estarían congestionadas con tráficos espesos. Laura Ecola temió que esa espera fuera una rabiosa manipulación de Úrsulo, cosa que había hecho exitosamente a lo largo del tiempo. Él especulaba con obtener mayores beneficios dejando a su contraparte totalmente aislada, obligándola a pisar con debilidad las piedras del camino, mientras el sol se ponía lentamente sobre su cabeza. Tal vez esa operación no dejaría a salvo al ego de ninguna persona, pensó Ecola, y cada uno de los presentes se retirará sin mantener la secreta dignidad, que los hacía seguidores inconfesos de una esperanza, y no sus necios disidentes.

Úrsulo Pesperín querría adormilar a los demás con esa espera que no sería más que una muy paciente distracción. Él mientras tanto subsistía como el índice formal de lo que pasaría a futuro. Ecola, Pedraza, Salas y Vizconde nunca supieron que ese hombre alguna vez había sido pescador, y se había desentendido completamente de lo mundano. Simplemente erraba por muelles, paseaba por cubiertas de embarcaciones, y cerraba las escotillas en donde eran depositadas las redes. De cualquier forma, Laura Ecola no se entroncaría con los miserables dilemas de ese sujeto poco corriente, ya que únicamente se había acercado a ese lugar para velar por la legitimidad a una operación, en la que no se debía tener en cuenta a deseos personales. Había hecho una primordial división entre su mundo de perfecta transparencia, y lo manipulable que había en el exterior.

Esa reunión era un reflejo contradictorio: el querer negar la no comparecencia de la ruda imagen de Pesperín, y no oír las historias que fueron garabateadas en el borroso universo. Era una encrucijada en la que el tiempo deformó los pensamientos complejos y definidos de los hombres. Úrsulo Pesperín puso un atildado afán en no transigir con ese invasivo personaje que no permitiría que las estrellas continuaran cuidando "sus jardines". Y no era que había deshecho a sus proyectos y ensayos, sino que con una mentalidad sumamente crítica pretendió incrementar la fuerza de los mismos. Las severísimas represiones en el rostro de Laura Ecola, habían dado a entender eso... Pesperín tenía un determinado modo de ser, pero también podía abruptamente hacer lo contrario, y esa era la coordinada cotidiana a la que cada uno debía adecuarse.

Mateo Pedraza sintió las penalidades infligidas por aquel personaje cuyos rasgos morales eran similares a los de un monje, pero en esencia era un loco... al que no le quedaría más opción que aceptar su furibundo proyecto que publicitará cómo una realización superlativa. Sus sentidas frases no quedarán en el aire, sino que construirán la realidad, o al menos la enmarcarán en forma notable. Los edificios rebasarían por esas áreas, pero antes hará grandiosas divisiones en sus campos para acabar con la negación total que Pesperín querría hacer del tiempo. ¡Que era ese turbulento escándalo de no presentarse, y no definir cuáles eran sus comerciales preferencias! ¡No había nadie que saliera en defensa de la

naturaleza bruta, o tuviera enconos y aversiones frente al progreso de la humanidad! Úrsulo Pesperín había provocado de manera injustificada a Mateo Pedraza.

Esa martirizada espera fue consecuencia mayor de la fe que Mateo Pedraza tenía en el comercio, pero en cierta forma fue contraria a su prudencia. La positiva modalidad con que pretendió negociar con él, se fue sustituyendo por un sentimiento de no querer convivir con él en ese mismo espacio. Úrsulo una vez habría dicho que en el interior boscoso de Valle Ramoza estaba la historia entera del mundo: la de nómades y monarcas, la de los filósofos que divulgaron sus doctrinas, y tuvieron un nombre, pero carecieron de la fama que habilitaría a los demás a enhebrarlos dentro de sus conmemoraciones comunales. Él había amenazado la delicada salud de los que ahí se internaban, aunque lo hizo con oraciones mudas que jamás se escribieron en ningún volumen.

Pedraza temió que esa fecha quedara impaga, y siguió declarando con mucha severidad los ítems que debían incluirse en esa negociación. Hará patente la finalidad de las cosas, ese era su elemental derecho.

## II

Mateo Pedraza sufrió un ligero trastorno motriz, se sentó y por unos minutos pareció como si la sangre hubiera dejado de correr por sus venas, mientras su corazón latía haciendo largas pausas. Sintió como una pendiente en que se deslizaba, sin comprender el fundamento de su malestar. Pesperín aún no había hecho la tormentosa concesión de ir a ese sitio, y Pedraza por pocos segundos tuvo la desgraciada visión que había una hecatombe en el cosmos. Pero no habría limitaciones relevantes a sus incontenibles exigencias; aquello fue apenas una muestra que su agotamiento era mucho mayor que el hecho tedioso de esperar. Esa circunstancialidad no lo beneficiaba, y como bajó un poco la temperatura sentía un poco de frío.

Lo que interpuso en su aliento con breves gemidos, fue el nombre de Úrsulo Pesperín, a quién imploró que no le creara infortunios (además temió que desconfiara de su lenguaje, o que lo considerara apenas un poco más modulado que el silencio). Intuyó que ese sujeto era impersonal, y podría aparecer en forma indistinguible pero implícita.

Dirigirle palabras a un invisible Pesperín, fue una inesperada gravedad, y un extremo ejemplo de que ese hombre le había contagiado su locura.

Cuando se recuperó, Mateo Pedraza pidió ayuda a un arquetípico santo (San Felipe el apóstol) que arribaría milagrosamente al lugar, y con la gracia de Dios le evitará proseguir las inútiles desavenencias con Úrsulo Pesperín. Así intentaba salvar sus pensamientos de la caída general que ese sujeto estaba empeñado en infundirle. Rogó al santo que cesara el

avieso juego de Pesperín, y le dijera que no tenía ninguna intención de elucidarlos. Él no aceptaba su radical nihilismo, cuando siempre creyó a su propia y exitosa historia como lo único inevitable. Aquella hostilidad manifiesta debía culminar de una vez cómo sucedió en los relatos anteriores que pasaron a ser previsibles e invariables. Nadie le robaría la posibilidad de decidir por sí mismo que hacer o pensar, y de ninguna forma compartiría su mundo, el Valle Ramoza, con Úrsulo Pesperín.

Enseguida mostró a Laura Ecola, Zulema Salas y Alejandra Vizconde, una inmundada vastedad de dinero que había cargado hasta ese quejoso rincón. Era la experimentación más palpable exigida por el mundo, y si no lo tuviera, las cosas que había dicho, hubieran sido elogios a lo banal. Los billetes que se pegotearon en sus sudadas manos, tenían el poder de delimitar lo probable de lo imposible, estableciendo un orden basado en realidades objetivas. Estaban por encima de los artificios ideológicos de Pesperín, y contradecían sus graves silencios. Manejar plata era una alusión tan fragante de estar vivo, que el hombre enseguida se permitió deducir que no se había convertido en un fantasma. No había sujeto más real que aquel capaz de extraer billetes de sus bolsillos. Después y como mero ejercicio dialéctico, reiteró su intención de comprar en forma efectiva esa gigantesca propiedad, de la que arrancará la multiplicidad de sus malezas y faunas salvajes, para descomponerla en cientos de lotes. Ansiaba poseer nuevamente la potencia de un hacedor.

Mateo logró sostenerse en sus piernas sin caer de una cornisa imaginaria, mientras sentía gruesas gotas escurriéndose por sus mejillas. Se denunciaría como alguien ineficiente si no podía esperar parado a Úrsulo Pesperín... Una vez más lograría ser fiel al orden cronológico inscripto en la mecánica de su reloj, e incorporarse con determinación al conjunto de hombres que nunca aceptaría la herejía de vivir fuera de lo temporal (a diferencia del ingrato Pesperín que se movía por planos indemostrables). La raíz de su sorpresa fue que éste se hallaba dentro de una matriz común, a pesar de no aparecer con una dignidad humana.

Al readquirir un estado más sobrio, Mateo Pedraza juró que no pactará nada raro con Úrsulo Pesperín: no aceptará agregar condiciones impersonales a los extensos párrafos que ya habían sido redactados. Y no lo definiría como alguien que podría impugnar sus movimientos, sino como de quien tenía que recibir una reserva jurídica. El documento había sido hecho por Laura Ecola y tenía considerables referencias realistas. Sus premisas habían sido establecidas en doctrinas antiguas, y sus derechos fueron extraídos de teorizaciones que habían sido zanjadas por sabios. Desgraciadamente no hubo formales alabanzas entre las partes, ni la coronación de un nuevo propietario en el proceso de un día; sólo se escuchó una proliferación de vulgares chismes o pequeños comentarios atenuados a criterios sardónicos, de parte de las aburridas mujeres. Eran imposturas que cubrían a sus voces con la misma opacidad que se

desarrollaba en el cielo.

Alejandra Vizconde que no había desdeñado las aspiraciones de Mateo Pedraza, indicó cuales eran los valores numerarios para iniciar al menos abstractamente esa transacción, entendiendo que así ella cumpliría con la plenitud de su compromiso, y se mantendría afuera de los problemas que lo imposibilitaban. Las cosas seguirían con ese fingido rumbo, ya que, en la práctica, la habitualidad, era más importante que cualquier consumada derivación. La mujer se agitaba en el entorno de anillados árboles, mientras arriba festejaban con indiferentes vuelos algunos pájaros que desde siempre fueron los reales habitantes del mundo.

La mujer dijo que Pesperín se tomaba su tiempo para tomar una decisión sin mostrarse presionado, ni escuchar enmiendas dialécticas ni recibir ejemplos patéticos. Hacía sutiles maniobras de aproximación y distanciamiento. La agente inmobiliaria entendió que éste no había desenfundado crueldad alguna por no presentarse. Esa había sido su elección, pero al día siguiente podrá tener otra. Según ella, la verdad será lo que quedará escrito en los papeles, y no las vivencias inútiles en esos páramos grotescos. No se produjo una coincidencia, pero las ambiciones harán que los intereses volvieran a confluir.

Pedraza había esperado que las peculiaridades de ese contrato sin firmar, fueran honradas... pero ya no podía refutar las pependencias que por el solo hecho de no ir, Úrsulo había creado. En cuanto sujeto impersonal le estaba bosquejando una interpretación desgraciada del mundo. Es más: le escuchó decir con un aire embelesado que a él le bastaba huir y desembarcar en otros puertos, después de destruir los puentes. No se implicó en esa operación, pero pertenecía a ese lugar, y estaba entre esas reticentes consideraciones de Pedraza, quién comprendió que Pesperín no era sólo un hombre, sino una postulación que se hacía permanentemente la humanidad. No era una curiosa paradoja, ni una eficaz imagen de un poco acuciante vendedor, sino un sujeto que adquirió un enorme peso en su íntimo mundo.

Alguien que pasó de ser real, a un signo, a un rostro sin contornos, el saludo final frente a la soledad irrevocable; aquel que no estaba afuera, sino dentro de uno mismo. Alguien cuya vocación solícita era orientar a las personas por lo que siempre fue tenido como una trampa (o quien gestaba distorsionados pensamientos en el hombre).

Frente a Mateo Pedraza, Pesperín se declaró impermeable a la dicha de poseer riquezas, y que prefería vagar por las sombras. Había inducido a numerosos hombres a obtener una versión definitiva de ellos mismos. Mateo Pedraza quiso sentarse de nuevo y cayó redondo; resultaba claro que cuando el tiempo comenzaba a escamotearse, creaba un clima de infinita debilidad. Pedraza se había distraído por sus deseos de edificar casas con jardines, y sintió como trivial la conclusión de ese

engaño. Había develado quien realmente era Úrsulo Pesperín, durante ese proceso de generalización que es la muerte.

Las mujeres miraron despavoridas lo que pasó, deponiendo sus almas en el terror ancestral, pasivas, eliminando de sus alientos cualquier nueva indiscreción acerca de esa operación frustrada. El referente de un hombre caído siempre fue algo peligroso y amenazador, susceptible de angustiar descontroladamente las conciencias. Pasaron unos cuantos minutos hasta que reaccionaron, y por celular llamaron a una ambulancia que más que ir al hospital, se encargaría de entregar el cadáver de Pedraza a la morgue, en donde se convocará a sus familiares directos.

Fin (19-3-2018)